

CAPITULO LXII

CURAS SIN ANESTESIA.—REALIDAD DE INFIERNO.

DEL DIARIO DE MI HIJA

Aquel terrible bombardeo desde la casilla de Ortiz, que deshacía los últimos refugios de aquellas pobres mujeres había estado todo el día tronando. Entre las víctimas se curaban aquellas que tenían probabilidades de salvación, y las restantes se retiraban a habitaciones más batidas, en donde se les dejaba morir ante la imposibilidad de hacer nada por ellas.

No hay que decir las curas y clases de curas que se hacían. Las amputaciones de miembros con un serrucho y sin anestesia fueron bastante frecuentes. El tirar de los tendones con unos alicates para poder cortarlos y otras cosas análogas, se hacían en estos momentos sin dilación. Unos cuantos sujetaban al paciente, y aquel pobre muchacho, Liébana, que se ha portado maravillosamente y que se centuplicaba en el cumplimiento de su misión, actuaba sin miedo y sin escrupulo, tal y como convenía a las graves circunstancias del momento. Sin duda por la debilidad de los pacientes, las heridas tardaban en cicatrizar y la mayoría se gangrenaban. Era muy frecuente el caso de los que preferían morir a ser heridos, convencidos de que lo probable era que sus heridas,

más tarde, les ocasionasen la muerte en una dilación espantosa y sufriendo por todos motivos.

Las habitaciones que estaban a continuación de la sala de los peregrinos y las que conforme se entra al pasillo central de la hospedería se extienden a mano derecha, estaban muy batidas. A los gangrenados que ya no tenían salvación, como medio de abreviarles los sufrimientos, y no existiendo otro sitio para colocarlos, los albergaban allí. Aquellas eran las habitaciones de los gangrenados. Una antesala de la muerte.

Ya hemos dicho que en estos bombardeos todas las habitaciones de la hospedería, que subiendo por la escalera de la fachada Sur se encuentran a la derecha, habían sido casi completamente destruídas.

Durante todo el día no había cesado el cañoneo, y mi mujer y mis hijos se abrasaban de sed. Entonces el mayor de ellos recordó que en una de estas habitaciones había una tinaja que debía tener alguna agua y, cogiendo un jarrillo que para lavarse y beber tenían, avanzó entre los escombros de la escalera y se metió en el cuarto en donde había todavía algunos heridos de la mañana, que por su gravedad no merecían en aquel apremio ser curados.

Una pobre mujer estaba echada en un colchón con la cabeza casi seccionada por un casco de granada. Fué herida sobre las ocho de la mañana, y ya había oscurecido cuando mi hijo entró allí por agua. En las primeras sombras de la noche le pareció que la cama se movía y oyó un agónico estertor. Se acercó porque se figuró que había algo encima y vió un perro que se estaba comiendo la sangre que manaba su cuello. El cuerpo todavía padecía extensos estremecimientos. Echó al perro y, extrayendo de los posos de la tinaja un poco de agua y ovas o verdín, bebió él y luego la llevó a su madre y hermanos.

Hay cuadros que no se podrán describir nunca porque

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

no sólo había heridos, sino también enfermos y algunos tuberculosos con emotisis intensas.

Uno de aquellos días, al salir mi mujer a ver si venía el mayor de nuestros hijos, que había ido al economato por las provisiones, halló a un pobre tuberculoso que estaba muriendo en el hueco de la escalera y pedía con voz ahogada un poco de agua. Un vómito de sangre había manchado la manta que le cubría y los bordes de la boca.

¡Por caridad—decía—un poco de agua!

Como no podía menos de hacer, le trajo un jarrillo. El pobre lo apuró completamente y pidió más.

Hemos dicho que el escorbuto también se había presentado. En aquel inmenso hospital todo era amargura y dolor. Pero mejor que extenderme en descripciones, será transcribir unos renglones del diario de mi hija, que apenas contaba 12 años entonces:

“Todo el Santuario rezaba, callaba y sufría. Era la única esperanza que nos quedaba: rezar. Tener mucha confianza en la Virgen y alentar a nuestros guardias civiles, aquellos que estaban dando el pecho, aquellos que luchaban y morían gritando: ¡Viva la muerte! Los rojos, al oír ¡Viva la muerte!, les contestaban:

“—No digáis eso. Decid lo que queráis, pero eso no.”

Pero nuestros valientes guardias civiles no les hacían caso y gritaban aún más. Poco a poco las mujeres y los niños nos fuimos acostumbrando: ya teníamos menos miedo a las bombas, pero no se oían más que quejidos: “¡Ay, me han matado a mi padre, a mi madre o a mis hermanos.” No se escuchaban más que bombas, tiros y quejidos.”

CAPITULO LXIII

CONTINUAN LOS ATAQUES AL SANTUARIO

Transcribimos a continuación fragmentos de comunicados de Cortés del 18 al 23 de Abril, ambos inclusive:

"A las 17 horas ayer observamos enemigo retiró piezas artillería de emplazamiento designado, situándolas en el cruce del carril al Cortijo del Encinarejo, temiendo el enemigo bombardeo de Aviación. A las 21 horas pretendieron avanzar sobre Santuario haciendo intensísimo fuego mortero, ametralladoras y fusilería sobre líneas defensa en los sectores Norte y Sur, que los nuestros repelieron briosamente haciéndoles retroceder a sus posiciones, sacando la impresión de que debieron sufrir bastantes bajas, elevándose el número de las nuestras en el día a treinta y siete. Durante toda la noche no han cesado de disparar morteros. Hoy 18 se observa mayor concentración de personal en el Cortijo del Encinarejo por las razones comunicadas ayer, el gran número de bajas, sin local ni personal para atenderlos, la situación se agrava cada día que pasa..., cabiéndome la satisfacción de que las fuerzas sabrán seguir sacrificándose pensando en España... ¡VIVA ESPAÑA HONRADA!"

.
"No dejes de remitir tabla de tiro mortero. Dispongo de personal de artillería; pueden probar a remitirla, pero es-

meren embalaje que de otra forma se pierde tiempo. Fuerte envío de pan, higos, chorizos, jamón y rancho frío, hasta que cese actual situación, carburo mineral. No olviden suministro armamento interesado, remitiendo urgente 200 granadas fusil, 200 legionarias y 500 curas individuales."

.....
"Aunque por la hora en que anoche se realizó el asalto no se pueden apreciar detalles, a juzgar por la forma en que se replegaron y los síntomas marcados de depresión observada en el día de hoy, PARECE COMO SI LA VIRGEN BENDITA DEFENSORA CON NOSOTROS DE ESTA SANTA CAUSA NOS DIERA FUERZAS A CUANTOS RESISTIMOS Y VIVIMOS EN ESTOS ESCOMBROS PARA IMPONERNOS A HORDAS MARXISTAS QUE, ENARDECIDAS CON SUS CANTICOS DE FIERAS, TRATABAN DE AVANZAR PARA SACIAR SU SED DE SANGRE. SANTISFECHO, PUES, EN LO MAS INTIMO DE MI ALMA POR EL EXITO DE LA JORNADA EN LA QUE EL TEMPLE DE LOS NUESTROS PUSO DE RELIEVE LAS MAS ALTAS VIRTUDES QUE LES ANIMAN, NO POR ESTO VEO EN EL RESULTADO LA CONFIRMACION DEL TRIUNFO EN ESTA SITUACION, PERO SI UN NUEVO COMPAS DE ESPERA, UNOS DIAS QUE NOS OFRECE ESTA SITUACION, LA SAGRADA IMAGEN QUE NOS GUARDA..."

.....
"A las dos horas de hoy 19 reanudaron nuevamente intenso asalto que sigue a las siete con toda intensidad, llevándonos causadas 17 bajas; artillería sigue emplazada en igual sitio, así como los morteros, habiendo ocupado enemigo las tres casas que hay en nuestro frente, delante de la línea defensiva que tengo establecida. Indispensable la ayuda de la Aviación durante el día para batir los objetivos señalados. ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA FRANCO!"

.....
"Intereso urgentemente venga aviación durante el día debe

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

enviar los elementos del siete, municiones del checo y fusil hoy mismo. Las casas a que me refiero en telegrama al General son las de Marmolejo, Lopera, Arjonilla, del Sector del Norte. Las nuestras, como verán, están destruidas. Batir bien, espacio que hay entre carretera y falda del Santuario. No olviden la cuestión víveres. En el envío de anoche sólo ha llegado un tubo mortero roturado bronce, antejo, prismáticos, 13 granadas, 3 útiles, tubo refrigerador torcido, dos culatines. Al lado caseta peones camineros hemos localizado en este momento seis carros de asalto. Entiendo intentan supremo esfuerzo primera hora noche. Aprieta."

.....
"La situación es desesperadísima, llevan causadas hoy más número de bajas que en los días anteriores. Esto es la catástrofe. Urge venga la aviación esta tarde, de lo contrario llegará el final."

.....
"Con tres actuaciones diarias aviación en la forma realizada hoy resolvería situación; hay que destruir no sólo el atrincheramiento sectores Norte y N.O., sino también caseta peones camineros y las dos que hay enfrente aisladas próximas al Campamento en el frente Norte a la entrada del mismo, siguiendo la carretera. ¡VIVA ESPAÑA!"

.....
"...POR DEFENDER EL HONOR DE ESPAÑA Y EL PRESTIGIO DEL EJERCITO Y SEMBRANDO LA ESPERANZA SEGUIRE COMO HASTA AQUI MIENTRAS DISPONGA DE UN SOLO HOMBRE CON QUE DEFENDER ESTAS MUJERES Y SERES INOCENTES..."

CAPITULO LXIV

**SIGUE LA COMPLETA DEMOLICION DEL SANTUARIO.-
TERRIBLES BOMBARDEOS.-MUEREN MUCHAS MUJERES Y
NIÑOS**

Veamos en tanto lo que acontecía en la población civil. En todos los ataques anteriores el fuego de la artillería por el sector Norte y N.O., aunque había destruído esta fachada, y casi completamente la opuesta, permitía que cruzasen los cañonazos de un lado a otro; como quiera que la fachada Sur está mucho más baja, quedaba aún abrigo en la parte interior, que estaba cubierta por el mismo cerro. Pero desde el momento en que el día 20 instalaron la batería en la entrada del carril del Encinarejo, recibían el fuego por el Este y, por consiguiente, la fachada trasera del Santuario se hallaba amenazada y comenzó a derruirse.

Las habitaciones llamadas del Obispo, la sala de los Peregrinos, todo fué cayendo, y las pobres mujeres y chiquillos que allí había no sabían donde meterse. Se iban apretujando hacia la fachada principal, pero los cañonazos avanzaban más a medida que eran destruídas las sucesivas paredes trasversales de todo el cuerpo Sur del edificio.

Las escenas no son para dichas. Las granadas habían llegado ya hasta la escalera de la hospedería de la fachada Sur.

Todo cuanto había desde allí a los retretes estaba igualmente deshecho.

Mi familia estaba en las habitaciones donde se alojaban, al otro lado de aquella escalera. De pronto, una formidable explosión apenas permitió salir de las habitaciones, porque destruyó gran parte de la escalera, y Carmencita, una chica de 10 años, del Cabo Barranco, entró llorando y chorreando sangre, diciendo:

“—Mi papá está herido muy malo en el suelo, y a mi hermano Carlitos lo han matado. A ver si pueden ustedes venir.”

Fueron a recogerlos. El Cabo Barranco, ya tres veces herido, y con una mano amputada, tenía bastantes heridas de metralla por la espalda y costado. Los sesos del chiquillo y un trozo de pelo rubio estaban pegados en el techo. Mi mujer, de un colapso, había caído al suelo, y en aquel montón informe de mujeres y chiquillos, muertos y heridos, reinaba la más profunda confusión. Cuarenta o cincuenta mujeres y niños cayeron aquel día. ¿Dónde iban a meterse ya? Entonces pensaron salirse del Santuario aquella noche y distribuirse entre las piedras a pesar de la lluvia incesante que caía, y así lo hicieron. Hay que decir que durante toda la noche no cesaba el tiro de morteros y ametralladora. Es prodigioso el consumo de municiones que debían de hacer.

Todas las vertientes del Santuario están cubiertas de grandes piedras, que en algunos puntos se amontonan, dejando huecos que eran los que utilizaron estos desgraciados. Con piedras y algunos sacos terreros completaron la obra, y así seguiremos el calvario del grupo en que les tocó figurar a los míos.

En la cueva mayor, que taparon con sacos terreros, estaban: la señora de Garzón con su hermana y sus hijas Carmela y Rosita, la señora de Abela con sus hijos Pepito y Carmencita, y la mía con mis dos hijos más pequeños. En

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

otra de aquellas covachnas, a un costado, estaba metida mi hija mayor con Rosarito Garzón, y algo más alto mi hijo Pepe con José Luis, un hijo de Abela. A las tres de la mañana quedaron así instalados, y a poco de hacerse de día comenzaron las ametralladoras y los cañones a castigar la oquedad en donde estaban refugiados los dos chiquillos: José Luis y Pepe. Tableteaban las ametralladoras, se estrellaban contra las piedras las balas y se sucedían las explosiones a uno y otro costado de su refugio. Así estuvieron casi toda la mañana hasta que los chiquillos, pensando en cuál podía ser la causa de que localizaran el fuego sobre ellos, vieron que un saco terrero y un trozo de manta asomaban por un costado. Tiraron del pico de la manta, remetieron el saco y sacaron la tierra que pudieron para irse enterrando en el suelo. Hacia el mediodía dejaron de tirarles, bajando el fuego hacia los alojamientos en donde estaba su hermana con Rosarito.

El refugio de las dos estaba constituido únicamente por dos piedras grandes que se apoyaban una sobre la otra, dejando un pequeño hueco en su interior, en donde se habían metido. Las explosiones de las granadas, que caían alrededor las hacían moverse amenazando con aplastarlas. Rosarito cogía las manos a mi chiquilla y le decía:

“—Yo muero hoy. Toma esta sortija y si estás viva cuando lleguen los nuestros...” Y le hacía una porción de encargos.

A mi hija María Cristina no se le había ocurrido que fuese a morir: mas una granada explotó tan cerca que las piedras se cerraron buen trecho y creyeron verse aplastadas. Mi hija, entonces, intentó irse a la cueva de su madre; pero no hizo más que asomar al exterior cuando se concentró sobre ella un terrible fuego de ametralladoras. Rápidamente se arrojó detrás de unas piedras, cerca de la cueva en donde

estaba su madre, a quien llamaba a voces para que le abriese un hueco que le permitiera pasar dentro con ella.

Su madre le gritaba que no saliese de las piedras, que se estuviese quieta allí. Y en efecto, acurrucada aguantó durante bastante tiempo las ráfagas de ametralladoras que, con su característico zumbido, rebotaban sobre las piedras que la cubrían.

Cuando cesó el fuego sobre aquel sitio, quitaron unos sacos terreros del taponamiento de la cueva, y ella, de un par de saltos, entró con su madre. Venía descalza porque al arrastrarse por el suelo había perdido los zapatos.

La cueva en donde estaban, algo cubierta en la dirección de la carretera, no permitía verla; pero escuchaban muy cerca el ensordecedor ruido de los tanques y en las proximidades del pozo de la higuera los veían llegar a menos de doscientos metros de ellos y volverse para la casilla de peones camineros, donde hacían su repuesto de municiones.

La cueva era muy baja. Habían entrado en ella arrastrándose. El cañoneo era tan intenso que pensaron morir todos. Las explosiones se sucedían incesantemente a los costados de la cueva. Era evidente que cualquiera de ellas arrancaría las piedras y sacos terreros que la tapaban, y rezaban minuto tras minuto, hora tras hora, en una interminable sucesión de palabras que les secaba la boca.

Cuando mi mujer callaba, mi hijo Enrique, con 9 años, la decía:

“—Reza, mamaita, que Dios siempre te oye.”

Y su madre levantaba la voz para que escuchase la oración que movía sus labios; pero el cañoneo seguía amenazador, el suelo retumbaba a las secas y desgarrantes detonaciones de las rompedoras, y el chiquillo musitaba sobre-cogido:

“—¿Por qué no nos oye Dios?—”

Entonces su madre pretendía explicarle que nada sabe-

mos de sus secretos designios; que acaso El quisiera reunirnos en el cielo con sus abuelitos; pero el chiquillo protestaba con toda la vitalidad de sus pocos años:

“—Eso no, mamá, que yo no quiero morirme.—”

Una lluvia tenue continuaba cayendo; sentados sobre el suelo, completamente mojado, transcurrían las horas. Así pasaron una noche y todo el día siguiente, hasta que al llegar la noche, y en un momento de desesperación optaron por subirse al Santuario aunque fuese para morir allí. Después de todo lo pasado estaban persuadidos de que ese sería el final. Unas horas más de vida no merecían más esfuerzos.

Otra de las familias, la del Teniente Rueda, optó por refugiarse en una de aquellas casas, casi derruidas, que habían estado abandonadas, y por ese motivo dejaron de ser batidas por los rojos; pero sin duda no tuvieron bastante precaución y descubrieron que había alguien en ellas. Por la tarde comenzaron a batirles con fuego de artillería, y les fué materialmente imposible salir de allí. Las ametralladoras tiraban sobre todos los alrededores intensamente.

La mujer del Teniente Rueda, con el chico, estaba acurrucada en un rincón, hasta que una granada acertó a caer sobre la casa, convirtiéndola en un montón de ruinas. La madre, cubierta de polvo, logró levantarse, pero su hijo había desaparecido. Entonces, con el padre que había subido al ver la explosión de la granada, empezaron a remover los escombros. Debajo de un trozo de cañizo, que sin duda le preservó, estaba el chiquillo. Lo sacaron en seguida y a poco comenzó a hablar. Milagrosamente tampoco le pasó nada.

CAPITULO LXV

HACIA EL DESENLACE

No he de hacer comentarios. Así, unidos unos con otros, quiero que el lector perciba esos fragmentos de los comunicados de Cortés.

¡Para qué hacer comentarios! Sería una osadía mezclar las mías con esas sublimes palabras que sobrecogen el ánimo, anonadado ante tanta grandeza de alma.

Lector: si verdaderamente sientes a España, lee y sujeta bien tu corazón:

“...La artillería y morteros siguen causando gran número de bajas diariamente. La infantería ha disminuido... Ruego a V. E. venga aviación con toda urgencia tres o cuatro veces al día hasta desmontar piezas del 12,65 que hay emplazada carretera Puertollano, las cuales pueden retirar por la tarde a barrancada próxima, así como los demás objetivos que tengo señalados, sin olvidar casas aisladas que hay a la entrada del Campamento, con lo cual se resolvería la situación presente y podríamos esperar unos días más la llegada columna liberación. La llegada del trimotor coincidió antes de anoche CON OTRA NUEVA INTENTONA DE ASALTO, AUNQUE SE HAN CONVENCIDO NO ENTRARAN MIENTRAS TENGA HOMBRES...”

"...La sagrada Imagen que nos guarda para que puedan sacarse de entre estos escombros a tantos seres inocentes como hay, sobre los que pesa la más cruel de las condenas por el gran delito de ser hijos de Dios y de la Patria..., quien como yo **ADQUIRIO LA GRAN RESPONSABILIDAD DE ARRASTRARLOS POR ESTE DERROTERO, SIN PENSAR EN UN SOLO MOMENTO EN EL SACRIFICIO QUE SE LE EXIGIERE Y SI EN EL HONOR DE ESPAÑA Y DE LAS ARMAS...**"

"...En este momento, 10,30 horas, uno de los proyectiles perfora cuerpo, dentro se hallan hacinadas, hiriéndome dos mujeres y cuatro niños... **EL NUMERO DE BAJAS QUE NOS LLEVAN CAUSADAS ALCANZA AL 65 por 100 DE HOMBRES UTILES. ...los 1.200 seres indefensos que aquí tengo, la mayoría huérfanos y viudas, en este Cerro, por servir a la Causa Nacional...**"

"...que las mujeres del Santuario, a quienes consulté ayer la contestación dada, necesitan más garantías que las que se les ofrece para abandonar este cerro **DONDE ESTAN DISPUESTAS A MORIR AL LADO DE ESTOS BRAVOS QUE LAS DEFIENDEN SUFRIENDO TODA CLASE DE PRIVACIONES Y CALAMIDADES ANTES DE SER VICTIMAS DE LOS SIN DIOS Y SIN PATRIA, ROGANDOME SUSPENDA DICHA GESTION, QUE A NADA HONROSO PUEDE CONDUCIRNOS...** Si por desgracia no pueden venir a salvarnos, **PERECEREMOS VICTIMAS DE LOS MAS PUROS IDEALES, SIN ENTURBIAR ESTE CUADRO DE SUBLIME SACRIFICIO QUE ME RODEA. VIVA LA ESPAÑA HONRADA CON QUE SOÑAMOS...**"

"...Como continuación al mensaje que acompaño, que en el día de hoy se empezó a cursar por heliógrafo, sin que la artillería roja permitiera transmitir, por batir todos los frentes,

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

participo a V. E. que en el día de hoy ha sido tan tenaz y mortífera la actuación de dicha arma, que no existe un sólo rincón en el Santuario fuera de su alcance. LAS ESCENAS QUE AQUI SE HAN DESARROLLADO NO SON PARA DESCRITAS: HERIDOS DE DIAS ANTERIORES, MUERTOS EN LOS RINCONES EN QUE SE HALLABAN; FAMILIAS CASI DESAPARECIDAS: UNOS POR LA ACCION DE LA METRALLA, LOS MAS SEPULTADOS ENTRE ESCOMBROS; LOS QUE SE HAN SACADO CON VIDA, SIN PODER CURARSE POR HABER DESTRUIDO LA METRALLA LA PARTE DESTINADA A BOTIQUIN. TAMBIEN SE HALLAN INAPROVECHABLES LOS VIVERES DE QUE DISPONIAMOS. EN LAS ESCASAS CUEVAS QUE HAY ENTRE LAS PIEDRAS VAN A PASAR LA NOCHE ESTAS POBRES MUJERES Y NIÑOS, AGUANTANDO LA LLUVIA Y EL VIENTO DE ESTAS TORMENTOSAS NOCHES Y EL CONSTANTE PAQUEO QUE NO CESA. Aun así rehuyen la idea de una rendición... ESTO QUE MAS QUE UNA ODISEA ES UNA LOCURA..."

"...A las catorce hora veo avanzar hacia este Campamento DIEZ TANQUES BLINDADOS, que son el último recurso a que podían recurrir nuestros enemigos en su siniestro propósito. Aunque las palomas soltadas esta mañana aún se encuentran sobre los escombros de este Santuario, con la fe que como cristiano y patriota pongo en todos mis actos... NO PIDO POR MI, YA QUE AL FIN Y AL CABO MI VIDA VALE POCO, pero sí por los 1.200 seres inocentes que me suplican sin perder la esperanza de su liberación..."

"...A pesar de la gran preparación que anunciaba en mensaje del 17, el enemigo puso una vez más de relieve la falta de decisión para subir al cerro, HABIENDO DETENIDO LA MARCHA DE LOS CARROS DE ASALTO EN LAS PRIMERAS DEFENSAS ESTABLECIDAS, sin que cumplieran otra finalidad que la de elevar la moral de los nuestros... El número de bajas que

J O S E R O D R I G U E Z D E C U E T O

sigue ocasionándonos la artillería diariamente sigue siendo grande. El personal femenino, a quien tengo distribuído por entre las peñas y los sótanos de la fachada Norte, sigue resignado este calvario con la esperanza de que no puede tardar su liberación. Lo que más me agobia son los muchos heridos..."

"Carecemos víveres desde ayer, así como de algodón, vendas, desinfectantes; es urgentísimo el envío..."

"...La tarde del 28 FUE ALGO QUE NO PUEDO DESCRIBIR. SEGUIMOS FUERTES EN NUESTROS PUESTOS PORQUE NUESTRA FE NOS DA FUERZAS PARA ELLO.—VIVA ESPAÑA."

"...INSOSTENIBLE. RAPIDO AUXILIO AVIACION."

CAPITULO LXVI

**CUADROS DE COMBATES Y DESOLACION. - LOS TANQUES.
EL FINAL**

Al retirarse los sitiados de Lugar Nuevo sobre el Santuario, concentraron allí el fuego de todas las baterías que, según datos que posteriormente hemos podido adquirir, parece que eran las siguientes:

En la casilla de Ortiz, un cañón de 10,50 y dos cañones de 7,5; y en el camino, cerca de la carretera, un cañón de 15,5, una batería de 12,4 y otra de 10,5; y luego, al otro lado, tres baterías de 7,5; y hacia el Cerro de los Madroños, diez morteros de 81 m/m. y cuatro lanzaminas de 110 m/m., que tiraban minas de unos 70 cm. de longitud, pintados de verde y con la cola roja, que producían terribles efectos. Se han encontrado proyectiles de 22.

Las fuerzas que rodearon el Santuario eran las 16 y 91 Brigada mixta, mandada por el comandante Cartón la primera de ellas y el Batallón de Jaén y fuerzas de Asalto. En vanguardia actuó la 16 Brigada, y de Jefe de Operaciones el ex Comandante Cordón.

A partir del momento en que tomaron todas las medidas en el cerro del Santuario y pusieron en posición la artillería, comenzó un terrible fuego de día y de noche que duró tres días,

al cabo de los cuales, creyendo que los defensores del Santuario estarían aniquilados o cuando menos deprimidos y sin posibilidades de defenderse, emprendieron en las primeras horas de la tarde el avance en toda la línea, con seis tanques que atacaron en el frente de la primera sección, en dirección al arco; pero una violenta reacción de los nuestros les inutilizó un tanque y otro quedó seriamente averiado.

El tanque averiado, protegido por los demás, que lo rebasaron, fué enganchado desde otro de los tanques con un cable y se lo llevaron a remolque. Visto el resultado, los tanques no se atrevían a adentrarse en las líneas enemigas.

Los conductores, en un español extraño, con fuerte acento extranjero, les decían:

“—¡Avanzad! ¿Qué queréis que os los traigamos aquí?”

Y les increpaban duramente:

“—¿Es que vamos a hacerlo todo nosotros?”

Pero ni los tanques se aventuraban más adelante, ni la infantería, terriblemente castigada, osó avanzar más. Cuantas veces lo intentaron, se vieron imposibilitados de hacerlo.

Pero hay más. Los de la cuarta, primera y segunda, al ver retirarse los tanques, salieron de las trincheras con bombas de mano y dieron un contraataque que obligó a replegarse a las fuerzas que estaban más cerca.

Aquella noche no hubo ataque ni en todo el día siguiente; pero a la siguiente noche volvieron a atacar, y así, sucesivamente, lo hacían todas las noches, en tanto que por el día intensificaba su fuego la artillería, principalmente sobre los objetivos que de noche les determinaban. Así, cuando era comprobado el sitio donde tiraban los “Schmeisser” una noche, al día siguiente había una importante concentración de fuego artillero sobre aquel lugar y lo mismo sobre las defensas que el fuego nocturno les iba descubriendo.

Empleaban casi todas las máquinas bala explosiva, que de noche marcaban perfectamente sus explosiones sobre los para-

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

petos de piedra y por la fachada del Santuario con puntos chispeantes que llegaban a iluminar la silueta del Santuario.

A partir de esta noche, todas, se repitió el ataque durante seis u ocho, hasta que un día, en que el ataque era muy intenso por el sector N., y pretendieron envolver los puestos de la tercera sección, llegó muy oportunamente nuestra Aviación. Antes de bombardear lanzó una bomba incendiaria, a cuya claridad fueron sorprendidos los atacantes muy próximos a nuestras líneas, y entre el bombardeo y el intenso fuego que los defensores del Campamento les hacían, al sorprenderlos en sitio tan descubierto como la vaguada de la vertiente Norte, se les hicieron muchas bajas. Baste decir que al día siguiente había al lado de nuestras posiciones 28 muertos que no habían podido retirar, recogándose bastantes fusiles y bombas de mano.

Los siguientes días continuaron más intensamente, si cabe, los bombardeos de día y de noche, más el fuego de las ametralladoras, que seguía a las explosiones de las granadas, para evitar la retirada de los heridos y acrecentar sus efectos. Pero no volvieron a atacar hasta el día 1º de Mayo.

La Radio, constantemente, a cada uno de los ataques anunciaba con anticipación "que al día siguiente ondearía la bandera republicana sobre el Santuario de la Virgen de la Cabeza, en donde tropas rebeldes a la República habían intentado refugiarse". Pero esta vez habían acumulado tantos elementos y la destrucción de todas las defensas era tan completa, que contaban con la seguridad de que al día siguiente, primero de Mayo, entrarían en el Santuario. Por si acaso, habían repuesto las bajas de todas las Unidades.

A las 23 del día 30 de Abril los altavoces rojos decían a voz en grito que a las doce de la noche lucirían reflectores, y que si en aquellos momentos no aparecían los defensores del Santuario con los brazos en alto, empezarian una acción tan violenta que no perdonaría a nadie.

Y en efecto: a dicha hora varios reflectores iluminaron completamente el Santuario durante media hora, sin que, como es natural, impresionase a hombres de este temple la nueva amenaza. Por el contrario, tomaron todas las medidas para afrontar el ataque: reforzaron sus posiciones. Cortés ocupó su puesto de mando en el sótano Norte del Santuario, se dispuso un núcleo de reserva y maniobra, al mando del teniente Ruano, y con estas precauciones esperaron el día.

La avanzadilla de la cuarta, punto esencial de la defensa, unas trincheras abrigo bastante fuertes, ya estaban inhabitables desde hacía algunos días. Las concentraciones del fuego de la artillería y el constante machaqueo de los morteros habían derruido la techumbre, y más que trincheras eran una línea de embudos a donde no se podían acercar. Los guardias tiraban desde detrás de las piedras y se desplazaban de un lado a otro, sin poderse fijar en ninguna parte, porque cualquier protección que localizaban era destruída.

La madrugada del primero de Mayo la ocuparon en cerrar la distancia hasta los puestos que ocupaban los guardias. Al amanecer tenían emplazados fusiles ametralladores a veinte metros de las trincheras, con parapetos de sacos terreros que cada uno llevaba y llenaba cuanto podía.

El centro de gravedad del ataque principal eran las posiciones entre la cuarta y el Santuario. Y contra ese sector lanzaron la Brigada 16, apoyada por la 91 y doce tanques.

Al mismo tiempo, como ataque accesorio, el Batallón de Jaén atacó por la vertiente S.O. del Santuario, en dirección a la casilla de Colomera, logrando tomar posiciones en los alrededores de esta casilla, y llegando a ocupar incluso la meseta; pero, apercibidos los heridos y algunos muchachos que estaban en el Santuario, comenzaron a hacer fuego desde las ventanas y balcones, logrando que no pasaran de allí. En tanto, el Brigada de la Guardia Civil, Gila, padre de un cabo del mismo Cuerpo, muerto gloriosamente y que tanto valor

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

derrochó en el Santuario, no disponiendo más que de dos guardias, recogió unos cuantos muchachos de 12 a 14 años, armados algunos con rifles y otros con bombas de mano, y se lanzó al asalto, logrando hacerles huir por la vertiente abajo, en tanto que anunciaba a voces la llegada de fantásticos refuerzos.

La Compañía que había logrado subir hasta allí emprendió franca huida, en tanto que aquella incongruente tropa multiplicaba su fuego.

El hijo del guarda Cachinero—muerto gloriosamente—con 14 años, tiraba rápidamente contra los fugitivos. De pronto su rifle se encasquilló, e indignado clamaba y chillaba, hasta que, herido un guardia que estaba a su lado, le quitó el fusil y la bandolera-cartuchera que, al colocársela, casi le arrastraba, y emprendió un rápido fuego contra los que todavía seguían huyendo.

El éxito fué completo, si bien hubo que lamentar la muerte de aquel bravo veterano, el Brigada Gila, ya retirado desde hacía algunos años, **que Dios quiso** que uniera su suerte a la de algunos de aquellos muchachos que bien pudieran ser sus nietos.

Pero el triunfo no repara en el coste. Gozosos y ufanos, recogieron aquellos muchachos veinticinco fusiles checos, unos cuantos cascos, el botiquín del Batallón, dos camillas y bombas de mano, y con "Milhombres", aquel bravo muchacho de poco más de un metro de altura, que fué quien atacó al cabo botiquín, subieron ufanos a las mujeres los cascos para que les protegieran, en tanto que otro puñado de arrapiezos quedaba allá abajo defendiendo sus puestos.

Otro ataque frontal a la cuarta y primera, fué rechazado igualmente. El segundo asalto, también en la misma dirección, fué aún más intenso. Los tanques se aproximan mucho a la línea de defensa. El Cabo Torrús, que defiende un trozo de trinchera del flanco derecho de la cuarta, se sostiene en-

tre un fuego increíble de artillería y ametralladoras. Una granada, por fin, hiere gravemente a toda su escuadra, compuesta de cuatro hombres. Con una pierna casi destrozada, continúa tirando con el "Schmeisser", y animando a los demás para que hagan lo mismo, y al fin, sin municiones, rompe el "Schmeisser" y muere. Los demás hombres sucumben también.

Los tanques han logrado pasar el arco y se colocan en la plaza o explanada de las casas de la parte de abajo del Santuario, batiendo de revés la cuarta. A su amparo, y aplastado el flanco derecho de la avanzadilla de la cuarta, logran ocupar la trinchera circular de la base de Cerro Chico, guardada por fuerzas de la primera sección.

Por breves momentos se ve ondear allí la bandera roja, que es abatida dos veces. Por fin Ruano, que está en la contrapendiente del cerro de la cuarta, se lanza en un contraataque con quince hombres y ocupa nuevamente esta trinchera. Los tanques se retiran precipitadamente y se repliegan entonces todos los elementos que habían logrado infiltrarse en el perímetro de las casas.

Nueva preparación artillera, más intensa, si cabe, localizada contra la cuarta y primera. Otra vez se apoderan de la disputada trinchera, que marca la unión de la cuarta y primera sección, pero nuevamente un valiente contraataque de Ruano les arroja hacia atrás, restableciéndose la línea primitiva. Continúa la acción artillera. Los doce tanques se lanzan más decididamente. Cuatro rodean el cerro de la cuarta por su vertiente Oeste, logrando subir por la vaguada y aparecer en las proximidades del Cementerio.

Rueda, detrás de la gruesa piedra que le sirve de parapeto, rendido por el cansancio, se queda durmiendo. El valeroso Roldán, guardia de Asalto que está a su lado, le despierta:

"—Mi Teniente, que están los tanques aquí otra vez.—"

Rueda entrega a Roldán dos bombas de mano y una botella de gasolina, único recurso que contra los tanques le queda, y Roldán, cubriéndose con las ruinas de las casas, se aproxima al tanque apoyado por el guardia civil Cerón, logrando acercarse a diez o doce metros de él. La botella, lanzada, cae a un costado del tanque y no se rompe, en tanto que las bombas de mano se estrellan contra el caparazón del monstruo. Pero Roldán, en la exasperación de la lucha, saca el machete y se arroja ferozmente hacia el tanque, con ánimo de buscar puntos vulnerables en alguna mirilla.

¡Heroico gladiador, qué poco significan tus fuerzas para ese armatoste panzón y ruin, recurso cobarde de la técnica que de todo tiene menos de ese generoso corazón que no te cabe en el pecho! Aquiles en sus aventuradas empresas y Sigfrido luchando contra el dragón, cuya sangre había de hacerle invulnerable, tienen menos realce que tú, que no opones al fuego y al acero más que corazón.

No había dado dos pasos; la distancia que le separaba del tanque era tan poca que no podía batirle con el cañón ni con la ametralladora, pero cuando iba a llegar a la lucha cuerpo a cuerpo—sublime locura de la exasperación de un valeroso soldado—la mano canallesca y ducha en estas criminales argucias levantó la mirilla del conductor e hizo fuego con una pistola, en tanto que aquel heroico muchacho caía de espaldas, atravesada la cabeza por un balazo.

Aún le quedan ánimos en su generoso corazón y movió su lengua para decir al compañero que le seguía:

“—No me recojas. Ya no hay remedio—”.

Los ocho tanques restantes se obstinan en un ataque frontal en toda la línea de la primera y cuarta sección. A Ruano no le queda fuerza para poder contraatacar. El momento es decisivo. Un puñado más de hombres y la situación hubiera podido prolongarse. Tres tanques han sido inutilizados por el fuego, y varios averiados.

Cerro Chico es definitivamente del enemigo. La cuarta sección ha sido materialmente aplastada. Sólo quedan tres o cuatro hombres ilesos que se obstinan en que les manden refuerzos. Rueda les envía dos hombres y Ruano otros dos, que caen heridos antes de alcanzar las posiciones de la cuarta.

De esta cuarta sección quedaron en el campo veintiséis hombres muertos y veinticuatro heridos, entre ellos el valiente Brigada Giménez que la mandaba y tres o cuatro ilesos.

Los tanques batan la cochera y las casas de abajo, pillando de revés las posiciones de la primera y segunda sección, y Ruano con cuatro o seis hombres que le quedan se ha replegado a la altura de la casa de Andújar, sobre la pequeña loma, que acusa un relieve en dirección a Lugar Nuevo. Todas las fuerzas que resisten están sobre la misma vertiente del Cerro. Rueda, a la derecha de Ruano, sigue por la casa de Andújar hasta poco más abajo de la unión de las dos calzadas. Carbonell, con los restos de su tercera sección, continúa esta línea a la izquierda de Ruano.

El fuego de artillería se concentra con terrible violencia contra la parte Norte del Santuario, lo que hace suponer que allí iban a dirigir el ataque.

Entonces Rueda y Ruano se reúnen y acuerdan ir a dar cuenta a Cortés de la situación. Sube entonces Rueda y encuentra al Teniente de Carabineros Porto que mandaba la quinta sección, y abriga esperanzas en que venga aviación y puedan realizar un nuevo contraataque.

Rueda ve la imposibilidad de comunicarse con Cortés. La artillería continúa batiendo duramente el Santuario que no es más que un montón de escombros. Las escaleras están impracticables. Piensa entonces reunirse con Ruano, y en tanto atiende a la reorganización de la defensa sobre la cumbre del Santuario utilizando todos los heridos que pueden sostener el fusil, que, como no pueden andar, ocupan el murete de la explanada en la misma lonja del Santuario. Obstinada-

mente busca refuerzos. No quedan más que tres hombres que quiere hacer llegar al sótano de Cortés, de los que dos caen en el camino y el tercero, herido, logra entrar. A los pocos momentos se presenta José Liébana, el médico del Santuario, ese valiente muchacho del que no sabemos qué admirar más, si la habilidad de sus recursos técnicos en tal penuria de medios o el temple de su alma de soldado.

Liébana le dice que Cortés está gravemente herido y que fuese a encargarse del mando de la posición.

Rueda, a quien se le ha unido Porto, intenta ver a Cortés. El médico, que como una aparición surgió hacia unos momentos de aquellas ruinas, les sirve de guía. La artillería acaba de suspender el fuego. Ellos saltan en busca de Cortés por los escombros. Porto, que va delante, logra entrar al sótano, en tanto que Rueda, que va detrás, antes de descender hacia el sótano, es apresado por los milicianos que ya suben por todas partes.

Liébana, al ver apresar a su compañero, escapa hacia atrás. El Teniente Porto ha hablado unas palabras con Cortés, que está tendido en el suelo. Poco después uno de los prisioneros que tenían en el Santuario, el hijo del jefe de la estación de Martos, llamado Herrera, trepa por entre los escombros y hace ondear sobre aquellas ruinas una bandera blanca.

Hay que decir aquí que cuando Cortés se vió herido y comprendió la imposibilidad de la defensa, a instancia de los prisioneros rojos que voluntariamente habían empuñado las armas tres días antes, accedió a que, para salvar a las mujeres, se pusiera bandera blanca. Pero entonces ellas, indignadas, se negaron terminantemente a que se rindiese.

Los rojos han invadido por completo la posición. Un tanque ha subido hasta las ruinas de la casa de la cofradía de Madrid y lanza sus características explosiones metálicas de tres disparos sucesivos. El cañón entra y sale; las mirillas del

conductor, por bajo de la torreta, y al costado derecho, se abren y cierran. Las balas no pueden nada contra él y el tanque sigue subiendo.

El Cerro está ocupado totalmente. Pero a media ladera, hacia la casa de Andújar, aún se escuchan constantes detonaciones. Es el Alférez Carbonell que, solo, continúa defendiéndose en una covacha hasta que, consumidas las municiones y rodeado, le apresan los milicianos. El hermano de Rueda, que está con él, muere.

A medida que van llegando los rojos a las cuevas en que están refugiadas las mujeres, van éstas saliendo y subiendo hacia el Santuario. Allí se encuentran distintas familias que en estos días finales, alojadas cada una en cuevas distintas, no se han visto, y prorrumpen en lamentaciones y gritos, abrazándose las mujeres y los chiquillos. Pero hay muchas que aún se obstinan en la defensa, como aquella valerosa mujer del Sargento Rodríguez que grita en su desesperación:

“—Que nos maten aquí, pero rendirnos nunca.—”

Mi hija mayor, una chiquilla con 12 años, llena de indignación, también daba voces diciendo:

“—¡Rendirnos, nunca! ¡Qué vergüenza! ¡Eso no!—”

Y cuando su madre, calmándola, le dice:

“—¿No ves que los tanques entran y salen por la cuarta como si fuese su casa; que vienen para arriba y que ya no es posible nada?”—grita desaforadamente:

“—Que me den un fusil, que yo me voy a la cuarta.—”

Pero en aquel maremagnum de gritos, lamentaciones y lloros, no hay medio de poner orden.

Entonces mi mujer saca su rosario—un rosario grande que la acompañó allí siempre y con él vino a esta zona—y dice a las mujeres:

“—Vamos a rezar.—”

Y poniéndose de hinojos, con los brazos en cruz, comienza el Rosario.

Poco a poco se va haciendo el silencio. En torno de ella se han reunido bastantes, y el tono sosegado y monótono del coro de las Avemarías se va imponiendo, y recogiendo los espíritus para fijarlos en el más allá. Todas piensan que van a morir...

De pronto llegan a la puerta violentamente y aparecen unos milicianos. Ni sustos, ni voces, ni carreras. Llegaban al segundo misterio, y una voz tranquila de mujer decía:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nos el Tu reino y hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo...”

No hablaron una palabra los intrusos, y cerrando la puerta se alejaron. Estaban vencidos. ¡Dios! El Dios que ellos habían querido hacer desaparecer, arrancando imágenes de las iglesias, silenciando su santo Nombre del saludo y destruyendo cuanto tuviese un soplo de espiritualidad, también estaba allí; y aquellas mujercitas harapientas y famélicas eran fuertes hasta el punto de hacerles retroceder, sin arma alguna, evocando simplemente al Supremo Hacedor.

Al acabar el Rosario, el ensordecedor ruido de los disparos y de las granadas había concluído: sólo se oían algunos tiros aislados que poco a poco llegaron a cesar. Empezaban a gustar un poco del silencio después de aquella continua sinfonía de amenazadores ruidos que les había aturdido durante más de diez días continuamente.

Un miliciano entró en la habitación buscando botín y, acercándose a un baúl de camarote, que entre escombros quedaba en un ángulo, le dijo a mi mujer:

“—¿De quién es esto?—”

“—Yo no sé—”—respondió ella.

Entonces con el machete lo rompió y empezó a sacar cuanto en él había, y allí aparecieron mis uniformes con las modestas tres estrellas, pero que le hicieron exclamar:

“—Vaya pez gordo que teníamos aquí.—”

traía vendado el brazo izquierdo, y como dijese mientras rasgaba el baúl:

"—Vaya sarracina que nos han hecho los civilicos.—"

Mi hija, que aún estaba llena de coraje, le contestó:

"—Más debían de haber hecho—¡cobardes! que venís aquí porque no hay más que mujeres y chiquillos. Idos al frente, donde están los nuestros.—"

Y el miliciano se marchó diciendo:

"—¡Vaya gente, hasta las chiquillas!—"

Los milicianos daban voces diciendo que saliera todo el mundo y recorrieran los escombros para que nadie quedase allí.

La escalera, completamente hundida, no permitía bajar, y fueron trepando hasta aquel largo pasillo, del que habían apartado algunas piedras que les permitieron salir.

En la lonja se encontraron con otros compañeros.

Allí estaban los hijos de Cortés y preguntaban por su padre, llorando. Una camilla conducida por cuatro milicianos venía hacia ellos desde la fachada Sur del Santuario.

En ella iba Cortés, así lo vieron mis hijos. Llevaba los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia la derecha y el rostro demacrado, de una palidez mortal.

Los que estaban allí se pusieron delante para que sus hijos no lo vieran.

No creo que llegó vivo a Andújar. Pero los rojos, para los que no hay escrúpulos, publicaron en toda la Prensa la fotografía de un guardia poniéndole debajo el nombre de Cortés; así pretendieron acreditar que no le habían asesinado.

La figura de aguilucho, narigón acartonado, Comandante Cartón, se abrió paso y les echó un estúpido discurso hablando de la República y de las libertades. Sí que eran momentos para decir estupideces.

Pero habló en tonos compasivos de las pobres mujeres

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

y niños, y aseguró que no tenían nada que temer, ni tampoco los heridos y los pocos que con vida habían cogido, y hay que reconocer que lo cumplieron.

Es seguramente el último milagro de la Virgen, y cierta la profecía de su tradición, aquella que glosó el bueno de Alcalá Venceslada:

“Los bandidos de Sierra Morena,
cuando maquinaban alguna maldad
si veían tu ermita a lo lejos
al punto mostraban generosidad.”

“Lo hacían por Tí,
Virgen Santa, que por don divino,
las más grandes fieras sabes convertir.”

En efecto, las “más grandes fieras” se convirtieron.

En coches y camiones les llevaron al Socorro Rojo, y allí no hubo ni tropelías ni fusilamientos. Milagro. Sólo un milagro de la Virgen, que habían deshecho a machetazos, pudo lograrlo. Ellos destruyeron su imagen pero, como el hacha que corta el sándalo, quedaron impregnados de su generosidad; aunque fuese por breves momentos.

El día 1.º de Mayo, Radio Madrid (Frente de la Juventud), después de llamar repetidamente la atención de todas las emisoras antifascistas para comunicarles una noticia de gran importancia, dijo:

“Parte Oficial.—Esta tarde, a las 3 y 15, se ha rendido el reducto faccioso de la Virgen de la Cabeza, “ante el empuje arrollador de nuestras fuerzas.”—¡Cobardes!—Ha quedado ocupado por completo. El número de los que allí había es de más de 600.”

Según nos dijo Cortés en su mensaje de 25 de Octubre, había en el Santuario 1.500 personas. En Lugar Nuevo, nos dice Ruano en su mensaje de 5 de Febrero, que quedaban

316 personas, o sea un total de 1.816. ¿Qué había sido, pues, del resto de aquellos desgraciados?

En el Parte Oficial de las 22 horas del día 1.º decía Madrid lo siguiente:

"A las seis de la mañana comenzó el ataque general contra el reducto faccioso de la Virgen de la Cabeza. La operación fué dirigida por el Comandante Cartón. Primero se abrió fuego de artillería y avanzaron los carros de asalto. Hasta poco antes se estuvo invitando a los rebeldes a que se sometieran, negándose a ello."

"Las fuerzas republicanas, en una "brillante" acción, lograron ocupar el Cerro Chico (avanzadilla de la 4.ª) de la Sierra, frente y a la misma altura del Santuario. Sin embargo, ante el intenso fuego enemigo, hubieron de retirarse.."

Y Jaén el 4 de Mayo añadía:

"La mayoría de las mujeres y niños de la Cabeza, han tenido que ser hospitalizados por el mal estado de salud en que se encuentran."

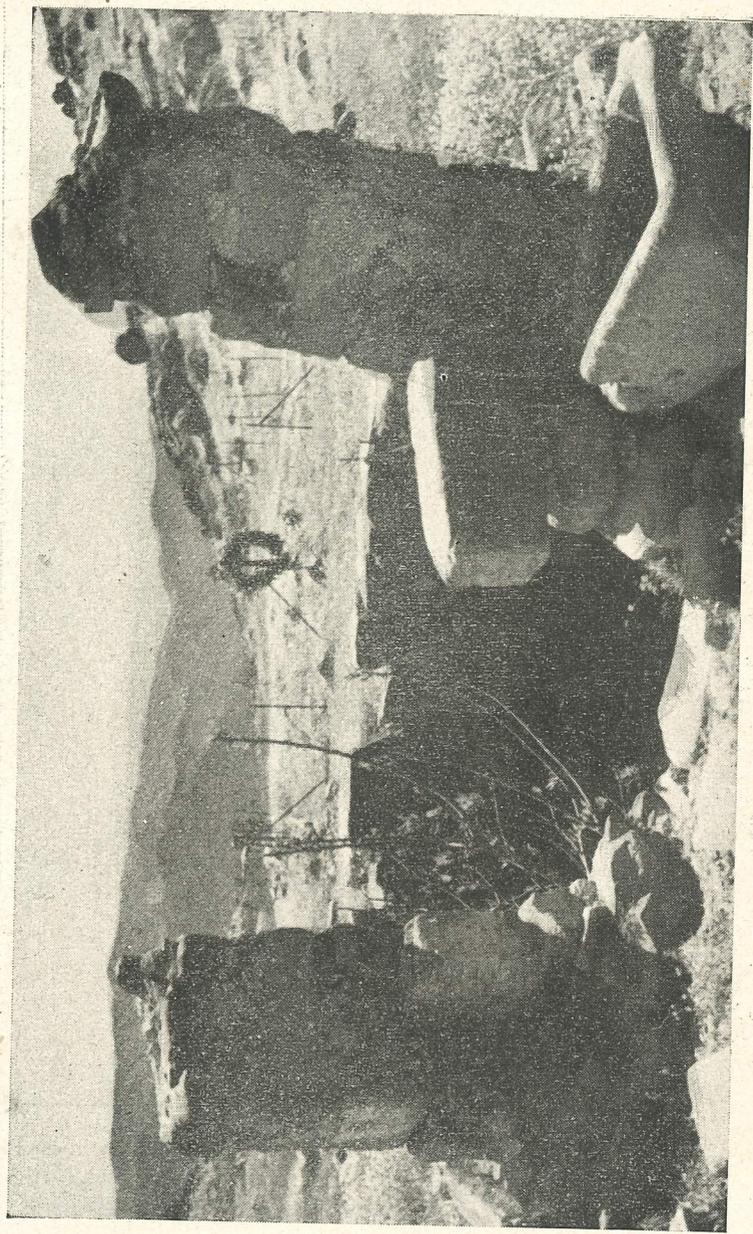
Pero transcribamos también algunos fragmentos de la Prensa roja, de testigos presenciales, que, independientemente de su sectarismo, nos dan una idea de aquel ambiente:

"A la entrada del Santuario se removía una muchedumbre de cuerpos desfallecidos, de cabezas polvorientas y despeinadas. Llanto y desolación... Un olor a respiraciones concentradas, a basura humana, a cadáver, llenaba la atmósfera de aquel recinto que parecía un antro. Dos hombres agonizaban sobre unas piedras. Salí oprimido a respirar el aire de fuera."

Y sin embargo, ese es vuestro aire, el ambiente que habéis creado vosotros, el que cuadra y precisa a vuestra mentalidad. Hasta los palacios los convertisteis en cuadras. A donde quiera que llega vuestra mano sólo hay desolación y ruinas. Pero, ¡para qué más! Es vuestra misma descripción la que califica vuestra victoria. ¡Podéis estar orgullosos, miserables!



Orgullosos de la bochornosa «hazaña» vuelven los milicianos la espalda a estos niños que ávidamente roen un pedazo de pan.



EL POZO BAJO - AL FONDO EL CEMENTERIO

CAPITULO LXVII

LA EVACUACION DE LOS SITIADOS

Después de una prolongada espera en la lonja del Santuario, del discurso de Cartón y de hacer fotografías a los niños, les mandaron bajar hacia la carretera.

Bien por facilitar la identificación de los sitiados, o por redondear la propaganda, llegaron hasta ofrecer transportar en coches, en vez de camiones, a las familias de los oficiales.

No hay que decir que mi mujer, lejos de aceptar indicaciones de esta clase, se puso su ropa más vieja, incluso desgarró en parte las mangas de su blusa, calzó unas zapatillas, cubrió a cada uno de los chicos sobre sus indescriptibles vestidos con una manta de cama agujereada por la metralla y, sin derramar una lágrima, bajaron por las calzadas hacia la carretera.

Un miliciano le dió dos reales al más pequeño de mis hijos; pero la brava chiquilla mía, que pedía antes un fusil para defender la cuarta, se indignó con su hermano y le dijo:

—“No lo tomes, tira eso.”

Pero el pequeñuelo no le hizo caso. Pensó que podía

convertir aquel tesoro en algo sustancioso, que buena falta le hacía.

A uno y otro lado de la lonja había agrupados muchos muertos y heridos, para irlos evacuando. En varios sitios, sobre algunos trozos de los tubos en que arrojábamos los víveres, habían recogido restos humanos desgajados de los cuerpos.

Bajaron a las casillas de las cofradías. Salieron por el arco y cruzaron aquella zanja que cortaba la carretera. Allí afuera estaban los camiones que les esperaban. En el primero que salió iba mi mujer con los cuatro chiquillos.

Hambrientos, demacrados, mal cubiertas sus carnes con aquellos harapos, conservaban plenamente su espíritu. Mi mujer iba sentada sobre la rueda de repuesto del camión, ergida y seria como si fuera en una carroza, o "altiva y desdeñosa" como decían los rojos en su Prensa.

En Andújar los llevaron a la Normal, o Instituto, un edificio muy moderno que está a la entrada de la villa, en la misma carretera. Allí estuvieron en el vestíbulo y a poco los subieron al piso principal y después, cuando llegaron los hombres, las transportaron al Socorro Rojo, antiguo cuartel de la Guardia Civil, y les dieron pan, chorizo, chocolate y mermelada en papel de periódico, que comieron los pobres cual si se la hubiesen servido sobre platos de fina porcelana, y leche condensada que prepararon de la más rara manera que dar se puede:

En un bidón de alquitrán, de los que vemos a los costados de las carreteras, puesto con agua al fuego, sobre unas trébedes, echaron las latas de leche condensada abiertas: pero con lata y todo, mientras otro, con un ruido de dos mil diablos, movía aquel caldo con una caña.

Las tazas, eran aquellas mismas latas, una vez pescadas pulcramente con los dedos.

Mi mujer trataba de inquirir con la natural angustia qué era lo que pensaban hacer con ellos y no consiguió averiguarlo. Les dijeron:

“—Mañana os asearéis y se os harán fotografías.—”

Pero cuál no sería su sorpresa cuando, a las cinco de la mañana del siguiente día, todavía de noche, comenzaron a dar porrazos en la puerta donde estaban todos, al mismo tiempo que les decían:

“—Ea; a prepararse, que vamos de viaje.—”

—¿Qué viaje sería aquél?— Les habían dado de comer. Les habían hablado en tono compasivo, echando la culpa a los cochinos facciosos que los tenían allí contra su voluntad, al decir de ellos; pero, conociendo la psicología de estos personajes, ¿quién podía dudar que todo esto no era un medio para hacer renacer en ellos la esperanza de vivir, y luego disfrutar la amargura de verles perder estas pueriles ilusiones?

Mi mujer persignó a los chiquillos y por tercera vez casi puede decirse que encomendó su alma. Les habló de que iban a ir al cielo y que allí verían a Dios; que no se asustasen ni se preocupasen por nada, que Dios compensaría todos sus sufrimientos.

En la estación se tranquilizaron un poco. No era presumible que, si pensaban matarles, les hicieran emprender ese viaje, pues de otro modo lo habrían hecho en los alrededores del pueblo; y lo que es más posible, en las mismas tapias del Cementerio para ahorrarse la molestia de trasladarlos, pudiendo ellos hacerlo por su pie.

Sobre las diez de la mañana, el convoy se puso en marcha. Carabineros escoltaban todos los vagones para evitar que fueran agredidos. Ni en Andújar ni en ninguno de los pueblos de tránsito, exceptuando Villanueva de la Reina, se metieron con ellos. Pero en esta estación, que ahora lla-

maban "Villanueva la Roja", con esa ingenuidad tan estúpida de estos mentecatos que se figuran que en unos días de algazara, desorden y subversión de los principios éticos más elementales pueden borrar cientos de años de tradición sedimentados en nuestra alma, y que les traiciona sin que ellos se den cuenta, apenas había parado el tren en dicha estación, que está casi en el mismo pueblo, cuando las "tiorras", según feliz expresión de Unamuno, comenzaron a dar gritos y levantar los brazos con los dedos enclavijados, mostrando en sus uñas negras el odio y todas las más bajas pasiones y miserables instintos, cual si fuesen furias o aquellas terribles dueñas que inmortalizó Quevedo, como lo más abyecto y repulsivo de la sociedad de entonces.

"—Que nos los entreguen a nosotras—", decían en sus gritos, entre una cáfila de insultos más soeces y repulsivos...

Los carabineros se bajaron y las contuvieron en los primeros momentos hasta que, aplacadas, departieron amigablemente con ellos. Contenidos sus ímpetus, no les quedaba sino la curiosidad de saber con pelos y señales cuanto había acontecido, y la afición al comadreo a que también se prestaban sus camaradas.

Emprendieron la marcha sin nuevos obstáculos. Durante el camino les dieron algo que comer: pan, chorizo, chocolate y leche condensada.

Así llegaron a la estación de Almuradiel. Allí debían de tomar camiones para marchar al Viso del Marqués, donde la mayoría debían quedar confinados.

Las mujeres y los chiquillos habían perdido el miedo; ya por lo menos tenían la esperanza de que les dejarían vivir una temporada.

Bien habían elegido los rojos el sitio en donde debían de permanecer las mujeres y los chiquillos de los sitiados en el Santuario. Porque los hombres, el mismo día que ellas em-

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

prendían el viaje para este pueblo, se los habían llevado para Valencia.

El Viso del Marqués era un pequeño oasis de la barbarie y crueldad asiática imperante en todo aquel campo, que ya no sé si habrá llegado a invadirlo. Seguramente no había en todos los pueblos de la España roja uno que se le pareciese. Porque en el Viso del Marqués no habían matado a nadie, ni siquiera al cura que, vestido de paisano, se le permitía vivir y aún circular libremente por donde le pluguiera. La mayoría del vecindario era de derechas y ni siquiera se le había desposeído de los cuadros o imágenes religiosas. Y no es que no haya habido pueblos que no tuviesen tanta población de derechas como ese, sino que, por rara circunstancia o inteligentes precauciones de los que allí tenían prestigio, no consintieron nunca que los milicianos de otras localidades viniesen a realizar tropelías.

Antes de llegar allí los sitiados del Santuario, unos milicianos, atropellando al alcalde y a los del pueblo, se hicieron dueños de la cárcel; pero la gente del pueblo se puso en armas y, antes de que ejecutasen a los presos, se lanzaron sobre ellos y les quitaron los fusiles.

Pues bien; en este pueblo—en donde había un cura a quien todavía le llamaban “señor cura”, y que si no le permitían decir Misa le toleraban hasta cazar codornices; en donde las oraciones para el Mes de María se habían agotado y no había vecino que no tuviese en su casa cuadros de todos los santos e imágenes, incluso con luz encendida—allí fueron a parar las pobres mujeres y chiquillos del Santuario. Y conocido este singular ambiente no habrá que decir que fueron muy bien recibidos y que no hubieron de temer ningún desaguisado.

Otro riesgo más grande que se ofrecía para los míos, fué la captación de los chicos, que por todos los medios querían

recoger. El pretexto era la dificultad de que fueran alojados los cuatro en una misma familia que, siendo pobre, no podría mantenerlos a todos; y de otro modo, la necesidad de educarlos, que ellos alegaban como primordial. Mi mujer, con una habilidad extraordinaria, después de suplicar a unos y otros, logró reunir a los chicos con ella, y fueron alojados en casa de unos señores que, haciéndose cargo de su situación, los colmaron de atenciones y afecto durante el mes que estuvieron allí.

CAPITULO LXVIII

POR LOS HEROES QUE MURIERON EN EL SANTUARIO

En el "A B C", de Sevilla, publiqué en 15 de Junio de 1937, y con motivo de estos un artículo que transcribo a continuación:

"La Cofradía sevillana de la Virgen de la Cabeza, con ese cariño que puso en la gloriosa gesta del Santuario, que casi podemos decir que vivió desde el mes de Octubre, ha dispuesto a sus expensas solemnes exequias en sufragio de las almas de los que allí murieron heroicamente.

En la puerta de la iglesia de San Buenaventura se agrupa la gente que, poco a poco, va pasando y llena completamente la nave. Ofician los sacerdotes el Santo Sacrificio. Sus ornamentos y el negro paño que cubre el suelo, ante el altar mayor, ponen la nota tétrica de lo que el acto significa. Realmente no haría falta fijarse en estos detalles para apreciar que es lo que congregó allí a aquella gente. Basta mirarlos a la cara.

Sube el incienso al cielo y rogamos a Dios; pero la evocación del recuerdo es más fuerte que mi devoción. Pienso en aquel humilde Cementerio que estaban arreglando los sitiados y para el que nos pedía Cortés: puntas para clavar

las cruces, pintura roja y gualda y purpurina. ¡Oro le hubiese mandado yo!

Felices los que allí descansan que murieron entre gentes amigas, cuando aquello todavía era español y se llevaron a la otra vida la esperanza de que los suyos serían libertados. ¡Ni siquiera tuvo él esa suerte!

Por mi imaginación va desfilando toda la serie de incidencias y penalidades que jalonan el calvario de estos mártires: sed, hambre, frío, enfermedades. La silueta confusa y velada del Santuario, perdido entre nubes, en aquellos días que el tiempo no permitía el abasto; las imágenes dantescas que otras noches nos ofrecía al resplandor vacilante que hacía bailar las sombras. Ciertamente, aquello era el infierno, y para que nada faltase vimos en noches interminables los fognazos de los morteros y cañones que de día y de noche vomitaron metralla sobre aquellos infelices. ¡Cuánta amargura y dolor cubre ese paño negro, en torno del cual rezamos y el sacerdote sahuma con el incensario! Y la misma nube de congoja y de ahogo pasa por todos los corazones.

Enfrente de mí, una mujer llora blandamente, y las lágrimas que, desbordando los párpados, fluyen sobre sus mejillas, le inundan el rostro y caen sobre su pecho. Al fin las seca; pero apenas ha guardado el pañuelo, vuelven a correr nuevamente como si fuese un manantial perenne. ¡Quién podrá secar tanto dolor!

Un poco más arriba una viejecita llora también con desconsuelo y sacude sus brazos un temblor nervioso. Su congoja es tal, que tienen que asistirle. Hasta la Virgen parece llorar también a la vacilante luz de las bujías.

Se alza la Hostia Santa en manos del sacerdote, y todos, "de rodillas", suplicamos anhelosamente al Altísimo que nos redima la sangre derramada. Después que ha consumido, seguimos todavía "de rodillas". "De rodillas", como dijo en una de sus insuperables crónicas Sánchez del Arco, que debíamos

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

de adorar el tabernáculo de las virtudes patrias que representaba el Santuario. Ahora, rogamos a Dios por que no se haya perdido más que la materia...

La ceremonia ha terminado. Un sacerdote, que está próximo a nosotros, hace silencio en el murmullo de la multitud que se mueve para abandonar el templo, exclamando:

“Un padrenuestro por el alma de los heroicos defensores del Santuario.”

Y reza: “Padre nuestro que estás en los cielos...”

Nosotros le respondemos:

“El pan nuestro de cada día, dánosle hoy y perdona nuestras deudas.”

CAPITULO LXIX

PROMESA

Bien; habéis destruído el Santuario. La Virgen de la Cabeza, a machetazos la rompísteis, comprendiendo que era el obstáculo más fuerte que tuvisteis para entrar en aquel sagrado recinto. La imagen del Pilar, acribillada por la metralla, la destruisteis también, análogamente a como hacéis con todo cuanto de espiritualidad y de elevación halláis a vuestro paso. Podéis estar satisfechos.

Circunstancias especiales os han permitido ese pobre triunfo de lograr un peñasco cuando se acabaron sus defensores y después de haber matado tantas mujeres y niños.

Yo sé que en el fondo lleváis una profunda tristeza. Por mucho que voceen vuestras radios mentirosas y digan en sus discursos altisonantes la canalla que os maneja, yo sé, mejor dicho, lo ví, porque lo vieron ojos que eran míos, alma de mi alma y vida de mi sér, que el Santuario os produjo una inmensa tristeza, porque a la satisfacción que pudisteis tener al sacrificar aquel puñado de valientes que allá quedaron casi todos, y al cortejo de aquellos pobres y hambrientos desarra-pados que llevásteis en los camiones como única prenda del mezquino triunfo, seguía otro interminable de ambulancias que transportaban, no ya heridos, sino informes montones de

cuerpos destrozados, que hasta en vuestro concepto materialista os haría pensar: "Nos ha costado tan caro el Santuario que no merecía la pena". No sería excesivo calcular en más de 5.000 bajas las que ocasionó el Santuario en toda su defensa.

Y sabéis vosotros que no habéis logrado nada. Sobre la planta de aquella santa imagen se edificará otra; y sobre aquellos escombros surgirá otra vez, ingente, poderoso, más fuerte, más grande, más amplio que antes, otro nuevo Santuario que elevará la fe, que no podréis destruir porque está en lo más profundo de nuestra alma; que vive con nosotros, en la pobre mujeruca que despreciabais, en el hijo que mama su pecho y que un día será hombre y también empuñará las armas y también luchará por el mismo ideal, más fuerte a cada nueva persecución y desatino de nuestros enemigos.

Hacia falta que vosotros, nuevos vándalos, hunos de Atila, tribu asiática, ignorantes y estúpidos, de instintos bajos y ruines, volviéseis a perseguirnos.

Es así como se afianzarán más fuertemente nuestros ideales; como darán nuevos días de gloria a nuestra Patria. Buena falta hacía.

No han de pasar muchos años. Yo os invito a la romería. El Santuario comenzará a construirse y antes que acabe vendrán peregrinos y romeros de toda España. Lo que era de Andalucía será del mundo; y vosotros, lejos de la predicción de vuestro Atila, que no crecerá la hierba donde ponga la planta su caballo, veréis el raro fenómeno de la fertilidad, el prodigio de que donde afianzáis vuestra pezuña, pezuña de cerdo epicuresco, brotará más fuerte y más fecunda la fe y los más puros sentimientos del alma. Yo os invito a la nueva romería.

Muchos de vosotros os salvaréis y podréis ver cómo otra vez sube la procesión las calzadas, cantando a la Virgen, y un inmenso gentío, más grande que antes, vendrá de

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

todas partes de la Tierra, y elevará su hosanna a la Virgen que vosotros no habéis podido destruir, y que tendréis que adorar de grado o por fuerza.

¡Santuario de la Virgen de la Cabeza! Tu calvario fué completo. No hubo nadie que salvase nada de Tí. Por eso tu gloria será mayor. Con el tiempo, Oviedo y aún el Alcázar libertado, tendrán menor significación que Tú, que llegaste a la crucifixión después de meses y meses de estancia en el calvario, humilde picacho de Sierra Morena, inmortal gracias a un puñado de gentes humildes que dieron todo, y con las cuales siempre estaremos en deuda.

Cuando se habla del monumento que en día Dios que-rrá que se erija sobre aquellos escombros, yo no pienso más que una Cruz, una Cruz muy grande, inmensa, que se pudiera ver desde toda España.

No puede haber otro símbolo con más fuerza para darnos a entender lo que fué la tragedia del Santuario de la Virgen de la Cabeza.

EPILOGO

I

EN LA ZONA ROJA

Un año de hambre y toda suerte de miseria en el infierno rojo. Mis chicos en las colas, en espera de la escasa ración que les permite la cartilla. Gestiones iniciadas por mí que no logran resultados. Otras llevadas a cabo por mi mujer, que tampoco consigue nada. No hay medio de lograr un recurso, ni argucia para que salgan para Francia, ni para ningún sitio en donde puedan reponerse.

Mi familia queda localizada ya por el Gobierno rojo, que envía unos policías a informarse cuál es su domicilio. Un amigo nuestro que no ha podido pasarse, pero que allí presta buenos servicios a la Causa, ha intentado darles un pasaporte para el extranjero, pero la denuncia de un cabo de Asalto le hace perder el destino y que fuese descubierta mi familia.

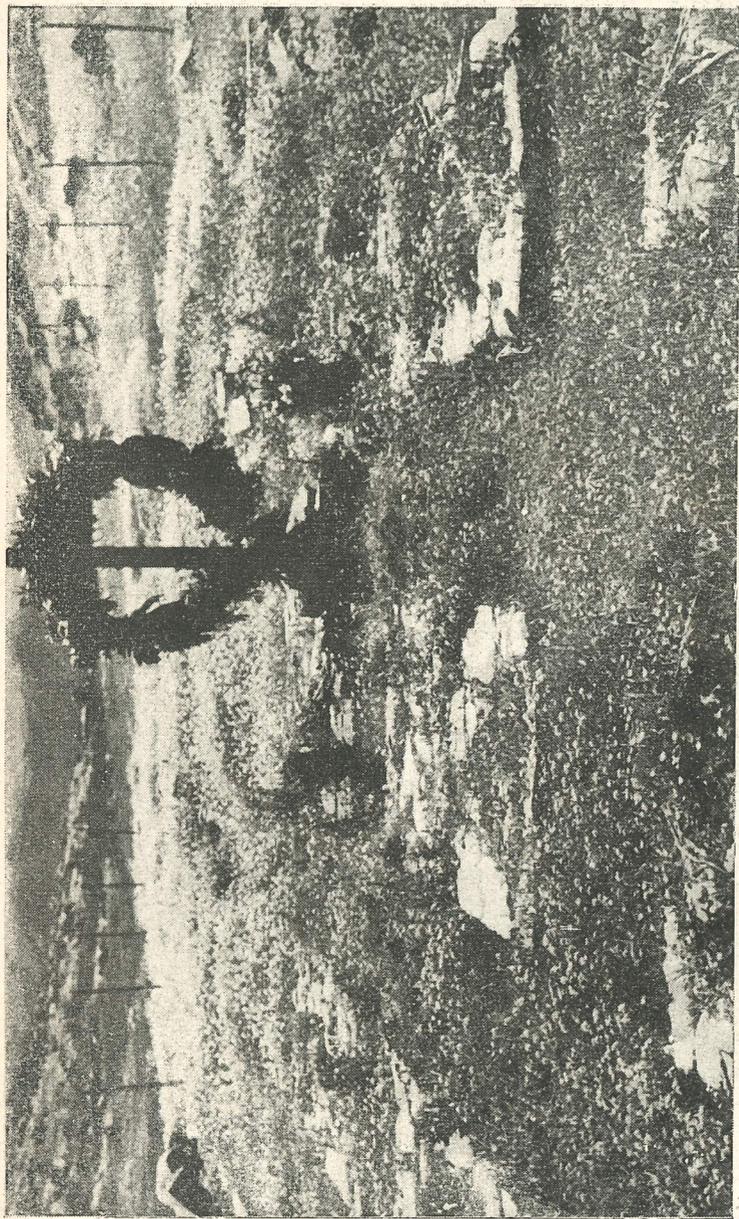
No hay que decir que ellos están muy lejos de Jaén. No obstante, cuando toman represalias, asesinando a tantos desgraciados con motivo del bombardeo de la estación de aquella capital, corren un serio peligro, que aquellos estúpidos

creen que soy el instigador y aún el autor, porque saben que un día tras otro volé casi todos en los aprovisionamientos del Santuario.

Por otra parte, los chiquillos constituyen una grave complicación. El menor, de genio muy abierto y parlanchín, con 9 años, a todo el mundo contaba que estuvo en la Virgen de la Cabeza. El mayor, de 13 años, duro y rebelde, abordaba empresas que comprometían a toda la familia. Una de ellas, que a título de curiosidad voy a referir, y que un día me contó, después de llevar seis meses conmigo, dará idea de sus maquinaciones y de las serias preocupaciones que inspiraba a su madre.

En mis conversaciones con él, que siempre versan sobre cuestiones militares—tiene una gran experiencia de toda clase de fuegos de artillería y de los ingenios de guerra, caramante adquirida en el Santuario—me preguntaba un día si los cebos corrientes con que se hacen explotar los cartuchos de dinamita eran sensibles también a la percusión; y como yo le dije que sí, me preguntó si yo lo había probado. Le dije que no, pero que el fulminato de mercurio de que principalmente se componen es muy sensible al choque. Entonces él añadió que había visto pasar un tren por encima sin que explotase. Le hice que me contase cómo había sido eso, y oí de sus labios la siguiente relación:

El había logrado la confianza de algunos muchachos de la C. N. T., los que habían robado dinamita con el secreto propósito de pescar. Como ellos no sabían manejarla, se la habían dado a él, que en el Santuario había manipulado toda clase de explosivos, y en efecto, salió algunos días con ellos para pescar, haciéndoles creer que se había consumido toda la dinamita; pero él pudo reservar un cartucho, que lo empleó de la siguiente manera: Preparó el cartucho como si fuese un barreno, introduciendo la punta del cefre en el cebo, mordiendo la cápsula para presionarlo; introdujo por uno



El humilde cementerio para el que pedía Cortés pintura roja y gualda.
¡Cómo si no fuese bastante el rojo de la sangre de aquellos héroes y el oro de sus generosos corazones!



Sobre el arco, diadema del brocal de los aljibes que remataba una cruz, no quedaron más que unos hierros retorcidos y rotos por las explosiones. sobre los que ondeaba un girón de la bendita bandera, como promesa de nuestro renacer,

de los costados en la masa de dinamita el cebo, atando después fuertemente la mecha de la que quedaba un extremo fuera. Por el otro lado del cartucho hizo la misma operación. Cortó dos trozos pequeños de cefre, y en la punta de los dos trozos de cefre, que asomaban a uno y otro lado del cartucho, colocó otros dos cebos de análoga manera, bien fijos. Enterró el cartucho casi bajo la vía, lo tapó con las mismas piedras del balasto para que no se distinguiese y colocó los cebos sobre la vía para que al pasar el tren los pillaran las ruedas y detonasen; prendiendo fuego al cefre que originaría la explosión de la carga.

Como el trozo de cefre era muy corto, la explosión debía de tardar muy poco y, por consiguiente, pillaría a parte del tren. Así dispuesta la carga, la escondió en el campo en espera de una ocasión propicia; y como a los pocos días viese que estaban llegando trenes de milicianos, se fué a dar un paseo por el campo hasta ver desde bien lejos que se aproximaba el tren. Entonces llegó a la vía y dispuso la carga en la forma que hemos dicho, separándose de allí a otro sitio más lejano, en donde podía ver bien la explosión. Pero el tren pasó sin que aconteciese nada. Por lo visto la pestaña interna de la rueda empujó al cefre quitando de encima de la vía los cebos e impidiendo que detonasen.

En estas condiciones había que pensar, como quiera que fuese, el traerlos. Dios me ayudaría. Nos relacionábamos por Francia y algo les había indicado; pero, como es lógico, no podía concretarles. Por fin me decidí a pasarlos por mi frente. Disponía de algunos enlaces de bien probada confianza, pero había que acercarlos a la línea, y al automóvil que debía recogerlos no había medio de proporcionarle gasolina. Mientras, el frente se había puesto peor. Habían colocado dos posiciones más y las alambradas se extendían en distintas direcciones cruzando todos los pasos. Yo, en vista de aquellas circunstancias, había desistido de aventurar a los míos en

tal empresa pero, por noticias indirectas, interpreté que estaban mal de dinero y me decidí a hacérselo llegar.

Dos enlaces salieron para allá con esta misión que, puestos de acuerdo con otros elementos de confianza, habían de cargar un carro y llevarlo a aquella localidad al mismo tiempo que el dinero, incluso traerlos si las circunstancias eran tan graves que exigían aventurarse en tal empresa, pero sin indicar tal idea para que libremente pudiera optar mi mujer, que era quien verdaderamente podía apreciar esta circunstancia.

Llegó por fin el carro. En tanto mi mujer hablaba con el hombre, mi chiquillo menor, con 9 años, le cogió las manos mirándoselas, porque lo difícil era lograr la confianza que la empresa exigía y, llamando aparte el pequeño a la madre, le dijo: "Mamá, yo creo que este hombre es bueno, o cuando menos no es policía, porque tiene callos en las manos".

Le entregó el dinero. Mi mujer, al ver una posibilidad de venir y los riesgos que allí les amenazaban, reunió consejo de familia—como ella dice—constituído por ella con los cuatro chiquillos, el mayor con 14 años y la menor con 8, y por aclamación decidieron venirse a la zona nacional a reunirse con su padre. La madre les advirtió que corrían grave riesgo y que alguno quizás quedase en el camino sin que los demás pudieran siquiera pararse a recogerlo. Pero todos insistieron en venir a nuestra zona y entonces, en un santiamén, cogió cuatro trastos y tomaron el tren hasta una estación próxima.

En el tren entró en el mismo departamento que ellos un personaje que observaba atentamente, y que al llegar el revisor no exhibió billete; y que para más acrecentar sus sospechas fumaba abundantemente, cosa que en aquella zona significaba estrecha relación con el Estado, pues de otra forma era imposible lograr un cigarrillo. Bajaron, pues, en la estación con gran precaución, distribuyendo los bultos entre los

chiquillos, y quedaron allí hasta que el tren marchó, para ver lo que hacía el individuo en cuestión; y, dejando a un costado la estación, colocaron los bultos tras una tapia, mientras el mayor se alejaba a buscar el carro. Hallado que fué, se montaron en el mismo y emprendieron aquel interminable viaje de tres días con tres noches que, como nota más amena, vamos a describir.

II

HACIA LA VERDADERA ESPAÑA

Había empezado el carro a andar. Era un carro pequeño y destartalado del que pesadamente tiraban dos bestias. Una mujer con su hija y marido, que iban a ver dos hijos suyos, milicianos, que estaban en el frente de Guadalajara, se les agregó, y tuvieron el buen acuerdo de subirlos en el carro en todo lo alto, en el sitio que más se vieran y que nadie pudiera durar de la rojez de sus ocupantes. Era una mujer gorda, y su rojez en proporción de su volumen. Pudiera decirse que toda ella estaba llena de pimentón; y así, durante horas y horas, fueron por la carretera. Llovía a mares. Una mala lona que llevaban la habían puesto sobre los varales del carro y, desde dentro, con palos, la sostenían para que quedase algo abultada y evitar los bolsones de agua en donde se calaba la lona. Así iban sin mojarse algunos trechos, hasta que al moverse el palo se corría el agua de la lona a uno y otro lado, y de cuando en cuando les regalaba con unos chorreones.

La mujer hablaba por los codos. No hay que decir que, teniendo los hijos luchando contra los fascistas, su tema fa-

vorito era la censura sempiterna a éstos. ¡Y qué censuras! Aquella estúpida mujer creía a ojos cerrados las más necias y canallescas invectivas de toda la propaganda roja. A la descripción que ella hacía de los fascistas no le faltaba más que el rabo y los cuernos para igualarnos a los mismísimos diablos.

Mi mujer le seguía la corriente, pero la parlanchina interlocutora no era marxista ocasional, sino que se había prendido bien en ella esa semilla característica de su ideario, que hace que les interese más el mal del prójimo que el bien propio; y así, cuando aquella mujer notó que su "camarada" era más atildada que ella en sus ropas y maneras, dando rienda suelta a su rencor, empezó a atacarla, diciendo cosas tan peregrinas como que no debía quedar ni una señora; que este año la siega la tenían que hacerla todas las señoritingas o que tuvieran aire de señoras; que trabajasen alguna vez, y otra porción de cosas de análogo jaez, en que mi mujer estuvo conforme, como si no fuese con ella. A todo esto, el marido callaba y la chica también, en tanto que la mujer desbarbaba, repitiendo una y otra vez sus prédicas.

Sobre la carretera general, adoquinada, el carro trepidaba enormemente y metía un ruido infernal. Agua y más agua, y ella seguía con su cantaleta, hasta que, harta mi mujer, comenzó a rebatirle sus razones:

"—Pues mire Vd.; eso de segar no será para todas porque mi marido, que está en el frente y es Comandante del Gobierno, no va a consentir que yo siegue.—"

La otra se exasperaba con aquellas razones, diciendo que allí todos eran iguales; y entonces mi mujer insistía en que no era así, puesto que sus hijos eran soldados y su marido era Comandante.

En estos agradables diálogos y el constante traqueteo del carro, transcurrió todo el día. Cuando se hizo de noche en-

traron en un pueblo en donde había la viajera de tomar un coche público que la llevase al sitio en donde sus dos retoños defendían a la "gloriosa República soviética".

Los míos se dirigieron a una posada, en donde, para más facilidad no había camas; no obstante, un muchacho que estaba trabajando en la construcción de un ferrocarril, ofreció galantemente su cama para mi mujer y una chica, en tanto que otra mujer evacuada de Madrid, admitía a la otra pequeñuela. Los chicos se fueron a dormir a la cuadra con las bestias.

La cena, no hay que decir que en la posada no había nada; pero mi mujer, previsora, llevaba nada menos que una cesta de huevos, queso y algunas naranjas, que constituían toda la reserva de su despensa. El hombre aportó algunas patatas y así cenaron huevos con patatas fritas y un poco de queso.

La enorme cantidad de ratas que existía les obligaba a dormir con la luz encendida, para ahuyentarlas.

De madrugada volvieron otra vez al carro, ya sin la ne-
cía familia aquella, pero que había llenado su papel perfectamente, y aún la echaba de menos al pasar por los controles, como pararrayos o salvoconducto que a su sola muestra no hacía precisa mayor identificación. Otro nuevo día en el carro, también lloviendo, y por aquellas carreteras blindadas que indudablemente son muy buenas para recorrerlas en coche, pero que en aquel carro eran inaguantables. Hubieran preferido que hubiera baches de un metro capaces de tragarse el carro; pero aquella constante vibración, el menudo y trepidante traqueteo y el ruido constante, no podían soportarlo. Los chicos, de cuando en cuando, tenían que bajarse para estirar las piernas, como único medio de sujetarlos un poco.

El camino, interminable, se extendía delante del carro en una quietud insoportable, porque constantemente daba la im-

presión de estar parado. Fueron a dormir a una casa humilde, pero gente de derechas, que con gran cariño les atendieron y se esforzaron por hacerles agradable la estancia. De madrugada otra vez a la carretera, y vuelta a aguantar el tintineo del carró, con las piernas encogidas y sin poderse asomar siquiera, porque llovía terriblemente. Al final de este tercer día llegaron al pueblo próximo al frente. El carro entró en el corral, cargado; se cerró la puerta y allí pudieron descender sin que nadie los viese. Ya era de noche.

III

EL ÚLTIMO PASO.—MOMENTOS DIFÍCILES.—REQUETES

En aquel pueblo hubieron de estar bastantes días. Una serie de circunstancias, que no son del caso enumerar, no permitían intentar el salto de uno a otro campo. Mis dos enlaces estaban en relación con ellos y les habían dado amplios detalles míos. Como se alargó la estancia en el pueblo, no hubo más remedio que justificar su permanencia allí; y en efecto, se dijo que mi familia era de un dirigente rojo muy influyente que, como la comida estaba tan mal en Madrid, se habían ido a pasar una temporada al pueblo y pintaban a mi mujer de un tono terriblemente rojo que ella procuraba sostener con un ostentoso "salud" que repartía a todos cuantos se acercaban. ¡Ah, los facciosos!, ¡los cochinos facciosos!, decía una y otra vez; y pintaba que el triunfo de las "gloriosas tropas de la República" era cuestión de unos cuantos meses nada más.

¡Qué impaciencia tan grande! Treinta kilómetros nos separaban. Sólo treinta kilómetros. Otra jornada como aquellas del carro y hubieran estado allí. Pero no era posible. Esta última jornada no se podía recorrer en carro. Era preciso

hacerla a pie y con graves dificultades y peligros. Los días pasaban y los obstáculos parecían acumulados por el diablo. Cada día iban surgiendo más.

Por fin se dispuso todo para un día, y con el fin de que estuviéramos sobre aviso y tomásemos las debidas precauciones, anticipó el viaje uno de los enlaces.

Mientras tanto, veamos lo que acontecía en este lado. Los enlaces habían anunciado la vuelta para seis u ocho días después, y así, al llegar el sexto día, se montaron los servicios necesarios para evitarles cualquier tropiezo al cruzar las líneas.

Nos interesaba tener muy vigilada aquella zona, en que preparaba un golpe de mano, que deseaba el mando, para hacer algunos prisioneros y determinar las fuerzas que habían ocupado aquellas nuevas posiciones.

Así estuvimos seis u ocho días, hasta que, habiendo recibido confidencias de que habían matado, hacía dos noches, a varios que intentaban pasarse, supusimos que se trataba de ellos y que ya no cabía esperar más. Modifiqué el servicio, y, con la natural preocupación, esperé.

Habían transcurrido dieciocho días desde aquel en que, entre las dos líneas, les dije adiós a aquellos dos bravos muchachos. Su llegada me alegró sobremanera. Yo me hallaba cortándome el pelo cuando apareció uno de ellos. Le pregunté:

—“¿Ha ocurrido algo desagradable?”

—“No—me dijo—; todo lo contrario. Todo mucho mejor de lo que usted puede suponer.”

Esto me tranquilizó, y tan pronto como acabó el barbero, le llamé y, a puerta cerrada, escuché sus palabras: Mi familia llevaba ya bastantes días en un pueblo próximo, y aquella noche intentarían el paso.

La última posición que habían puesto dificultaba mucho nuestra aventura. ¡Ah! Aquellas alambradas que se extendían

hacia el costado derecho constituían una seria complicación. Había que comenzar por tantearlas para ver si habían tendido ya el alambre. La observación me había dado la noticia de que había un sector al que, por lo visto, no había llegado el alambre, puesto que había podido ver desde nuestro campo cómo una vaca cruzaba sin obstáculo alguno las tres filas de piquetes. ¡En qué mal momento venían! ¡Qué complicación tan terrible! Pero ya no cabía más que afrontar los hechos, y, en efecto, se dispuso todo para tal empresa. Guardé absoluto silencio hasta aquella tarde y di las instrucciones sin determinar de lo que se trataba.

Para intentar hacer algunos prisioneros, reduciendo al mínimo las posibilidades de bajas, nos interesaba sorprender un puesto lo más pequeño posible, incluso de escuchas, si lográbamos localizarlos y teníamos la retirada a cubierto.

Por otra parte, una infiltración profunda nos permitiría estudiar otras posibilidades y quién sabe si adentrándonos en el campo enemigo se nos ofrecía una ocasión propicia que nos facilitase la empresa. Cuanto más dentro, menos precauciones habían de tener.

Actuaría, pues, sin preocupaciones ni medias tintas. Nos adentraríamos sin vacilaciones y hábilmente, para que nuestro paso resultara desapercibido, y traeríamos para acá cuanto fuese posible: milicianos, personal civil, ganado y cuanto topáramos al regreso que pudiéramos hincarle el diente. Tal era mi propósito.

Yo quería haberme metido con 20 hombres en la patrulla más avanzada, que había de subir la vertiente opuesta. Pero los enlaces daban como seguro que tantos serían descubiertos a la ida, y al regreso nos tendrían tomados todos los pasos. Opté, pues, por hacerlo de la siguiente manera:

De una de las posiciones que guarnecía, enfrente de donde debía de actuarse, avanzaría algunas patrullas sobre el valle con la consigna de que, tan pronto como sintiesen ex-

plosiones de granadas de mano, rompiesen el fuego a tales o cuales posiciones. Dos pueblos, a uno y otro costado de nuestra dirección, quedarían vigilados en la proximidad del puente, a distancia, por las patrullas, que no tenían otro objetivo que interceptar con sus fuegos el puente, en caso de que vinieran fuerzas. Los costados de la carretera, a uno y otro lado, también serían vigilados por patrullas con la consigna de dejar cruzar libremente a las patrullas enemigas en tanto no recibiesen aviso de interceptar el paso. Yo seguiría con seis hombres hasta el vado—punto que consideraba más difícil—, y el enlace, acompañado de otros seis muchachos, los más fuertes y valerosos, avanzarían hasta la vertiente puesta para encontrar allí a los nuestros.

En las primeras horas de la noche se colocaron las fuerzas en sus correspondientes emplazamientos, y yo me dirigí hacia el vado. Aquello lo conocíamos algo de otras andanzas parecidas, pero el guía que yo llevaba dudaba del emplazamiento del vado, y en vez de caer directamente en él, nos fuimos más abajo, precisamente enfrente de unas posiciones enemigas en donde estaban pastando los caballos de un escuadrón rojo que hacía poco que había llegado allí.

Los caballos, espantados al ver que nos aproximábamos en la oscuridad de la noche, salieron corriendo en todas direcciones, atravesando el río algunos, que por cierto uno de ellos lo vi nadar, y metiendo un ruido de dos mil diablos. Aquello empezaba mal, verdaderamente mal. ¿Dónde estaba el vado?

—“Debe de ser aquí”—decía el pobre hombre.

Pero allí no estaba.

—“A un lado u otro”—preguntaba yo.

—“Pues vamos a la derecha”—contestó.

Y nuevamente a seguir el curso del río.

Un grupo de caballos que se había quedado en una curva del río, lo atravesó galopando, reproduciendo aquel es-

truendo infernal. Por fin, a los doce y veinte, estábamos en el vado. Hacía una luna espléndida. Tan espléndida, que temíamos que nos viesan de unas u otras posiciones. Nosotros habíamos metido detrás de la línea de posiciones enemigas de una de las vertientes, y habíamos avanzado hasta rebasar otra línea de posiciones enemigas que estaba enfrente y a su costado derecho.

Para caso de alarma o retirada imprevista, yo fui fijando perfectamente todos los detalles, y recuerdo cómo una luz, que indicaba la tercera posición enemiga, la habíamos dejado atrás; es decir, que a partir de aquella luz debíamos de recorrer tres kilómetros a lo largo del río para poder intentar cruzar hasta nuestro campo. La luna era espléndida. El croar de las ranas me animaba un poco, porque encubriría nuestros ruidos. En el vado nos dispusimos de tal forma, que dos estuviéramos observándolo, en tanto que otros dos mirasen en la otra dirección. Yo me tendí en el suelo, y al calor del capote me quedé dormido.

De pronto uno de ellos me despertó:

—“¡Mi comandante, mi comandante! Se han aproximado dos bultos al otro lado del río, y al levantarme para avisarles, me han debido ver y han salido corriendo.—”

Me levanté rápidamente y me aproximé al sitio que me indicó.

Reconstruí en la imaginación lo que había debido de acontecer: La alarma que habían producido los caballos, al correr en distintos sentidos, había determinado que enviasen alguna pareja para ver de qué se trataba, y habíamos tenido la mala suerte de que nos descubriesen. Había que prever la posibilidad de una patrulla enemiga que intentase reconocer aquella margen del río. Eran las dos de la madrugada.

¡Qué contrariedad más grande! Yo no tenía otra esperanza sino que llegaran pronto; es decir, que los nuestros llegaran antes que aquella esperada patrulla, que tenía la se-

guridad de que había de venir. Esperamos, pues, con toda cautela.

A las tres menos cuarto volvió a avisarme el centinela:

“—Mi comandante, se ven unos bultos que avanzan por el río.—”

Todos nos aproximamos a la orilla.

“—Absoluto silencio—dije—; las bombas de mano prevenidas. No hay que tirar mientras no seamos descubiertos.—”

Ocultos en la retama, esperamos todos. A poco se fueron viendo claramente los bultos. Se habían cubierto un poco por entre la retama, pero ahora avanzaban rápidamente.

“—Van a cruzar el río—me dijo el guía—. ¿Les pedimos la contraseña?—”

“—Silencio—respondí—; hasta que estén en este lado no se dice nada. Hay que callar y ver, nada más.—”

Unos momentos de vacilación, hasta que uno de ellos se internó en el río. Chapoteaba, y yo me esforzaba por descubrir en la claridad de la luna su silueta y algo que pudiera darme la clave de su filiación.

Cuando le faltaban dos metros para llegar al borde del río, con la pistola bien preparada en una mano y una bomba de mano en la otra, di la consigna:

—¡Chapar!

No me contestó. Volví a repetirla, y tampoco me contestó; pero al detenerse un poco para salir del río, me oyó y respondió:

—¡Sí, Chapar!

Eran los nuestros. Avancé hasta mojarme los pies, y cogí el bulto que sobre las espaldas llevaba. Era mi hijo menor, que me saludó con un grito de alegría, diciendo:

“—¡Ay, papá mío!—”

Después fueron apareciendo mis otros tres hijos, y finalmente mi mujer. Pero al identificar a los que llegaban a esta

orilla, vi dos soldados con capotes más claros que los nuestros.

Pregunté, y me dijeron llenos de alegría:

“—Prisioneros, mi comandante.—”

A unos cuatrocientos metros del vado les habían dado el alto, y al decirles: “Aquí Chapar”, habían contestado: “Aquí Enciso”, al mismo tiempo que se oyó claro el ruido característico del desplazamiento de los cerrojos.

No cabía duda de que eran enemigos. Entonces, García, hábilmente, les dijo:

“—No tiréis, que somos nosotros.—”

Al mismo tiempo que se detenía, procurando que se le acercasen los demás que le acompañaban.

“—Acercaos y no seáis tontos—”, les decía.

Y ellos andaban un poco y se volvían a parar, con cierta desconfianza, hasta que estuvieron muy cerca, y entonces saltaron sobre ellos, sujetándolos.

El bueno de Izal, que llevaba a cuestas al más pequeñuelo de mis hijos, una niña de siete años, se lanzó hacia uno de ellos con la pistola en una mano y una bomba de mano en la otra, logrando detenerlo. Mi chiquilla, por toda exclamación dijo:

“—¡Ay, que hemos cogido un rojo!—”

Todos los rodearon y les quitaron el armamento, y sin detenerse siguieron hacia el vado. Cuando yo allí les registré, aún llevaban los machetes.

Uno de ellos era un pobre diablo. El otro, que era cabo, que tiró toda su documentación, e incluso se arrancó los galones para que no pudiéramos saber su empleo, era un redomado bandido, que salió con vida de aquel trance merced a contar yo aquel 11 de Mayo como el día más grande de mi vida, puesto que había recobrado a toda mi familia después de tantas vicisitudes y quebrantos.

No había que perder tiempo. Acabábamos de oír dos dis-

paros cerca. Sin duda era la patrulla que los prisioneros nos dijeron que había mandado el capitán de su compañía hacia el puente, y a la que ellos servían de enlace, y les buscaba

Mi mujer y los chiquillos creían que ya estaban fuera de peligro e imprudentemente hablaban, y teníamos que hacerles callar y obligarles a que anduvieran deprisa, no obstante venir extenuados. Nos quedaban cuatro o cinco kilómetros para salir del área enemiga y diez para llegar a nuestras líneas.

A medida que avanzábamos hacia éstas íbamos recogiendo patrullas que habíamos dejado de enlace.

Recorrimos aquellos trozos de vereda encharcados, que antes atravesamos nosotros, en que los pobres chapoteaban con los pies bien mojados. Por fin cruzamos la temida carretera, bordeamos el último pueblo y emprendimos el acceso.

Mi mujer decía que ya no podía más; pero no había otro remedio. La ayudé un rato, y dejé después dos muchachos que la fuesen sosteniendo algo por los brazos.

Poco antes de amanecer hallamos dos artolas que, a previsión, yo había dispuesto, y con esa facilidad avanzamos ya más rápidamente.

A las siete de la mañana estábamos en nuestras posiciones sin haber tenido que lamentar ni el más pequeño percance.

Tal fué el desenlace que para mí tuvo esta tragedia. Dios, en su infinita bondad, permitióme la satisfacción de haberlo logrado exclusivamente por su gracia y la valiosa cooperación de unos cuantos buenos y sencillos requetés de mi Tercio. El se lo pague.

INDICE

		Págs.
	Ofrenda	III
	Al lector	V
CAPITULO I	Someras noticias de Cortés	1
" II	Cortés logra la libertad de su hermano detenido en Valdepeñas	3
" III	Antes de partir para el Santuario.....	5
" IV	El Movimiento en Jaén	7
" V	Desde el cuartel de la Guardia civil.....	15
" VI	Continúo en mi encierro.—50 guardias que desde Campillo de Arenas se van a Granada	19
" VII	La 25. ^a Compañía de Asalto.—La Colum- na Miaja	21
" VIII	Otros 150 guardias que se pasan a Granada por Alcalá la Real	25
" IX	En el Santuario de la Virgen de la Cabeza	29
" X	Llegada al Santuario	37
" XI	El miliciano que reza	41
" XII	El Santuario por dentro.—Oimos por radio al General Queipo de Llano....	43
" XIII	Salgo del Santuario	47
" XIV	Camino de la Columna Miaja	51
" XV	Del Cortijo de la Reina a la Nueva España	57
" XVI	Les quitan una ametralladora y quince mil cartuchos	63

			Págs.
CAPITULO XVII		La ruptura de hostilidades	69
"	XXVIII	Bombardeos a todo pasto.—La primera víctima	75
"	XIX	El Teniente Rueda	81
"	XX	Del diario de mi hija.—Una avioneta nacional	85
"	XXI	Haya hace el primer abastecimiento.—Se reorganiza la defensa del Santuario...	89
"	XXII	El día de la Virgen del Pilar	93
"	XXIII	El primer suministro con tres trimotores	97
"	XXIV	Empiezan a mirar al cielo esperando el maná.—Una razzia feliz	101
"	XXV	Nadando en la abundancia.—Otro abaste- cimiento.—La primera paloma men- sajera	105
"	XXVI	El primer mensaje	109
"	XXVII	Lugar Nuevo.—Otra razzia feliz	115
"	XXVIII	Enlace por Radio Sevilla.—Diario del 23 al 30 de Octubre	117
"	XXIX	El ataque de 1.º de Noviembre	121
"	XXX	Los ataques de Noviembre	125
"	XXXI	Bombardeos a todo pasto. Hambre, mi- seria y ruínas	131
"	XXXII	Fracasan los ataques rojos. Los madro- ños, única comida	135
"	XXXIII	Cortés nos describe su situación	139
"	XXXIV	Niebla que impide el abastecimiento.....	143
"	XXXV	Lo que cuesta recoger los madroños.....	149
"	XXXVI	Lo difícil que es arrojar pan.....	153
"	XXXVII	La caza del "paco"	159
"	XXXVIII	Orden, economías, pero siempre hambre.	161
"	IXL	Ilusiones, razzias y desesperaciones.....	167
"	XL	Comidas del Santuario.....	171
"	XLI	Nochebuena	175
"	XLII	Mensaje a F. E. T.—Se les llena el alma de júbilo.—Emboscada a una partida de milicianos y planes de colaboración...	179
"	XLIII	Primero de año	187

			Págs.
CAPITULO XLIV		Sólo les alienta el ruido de los motores oído a través de la niebla	193
"	XLV	Mensajes a S. E. el Generalísimo y al General Millán Astray	197
"	XLVI	Hierbas comestibles	203
"	XLVII	Los envenenamientos	207
"	XLVIII	Ataques y aislamiento de Lugar Nuevo...	211
"	IL	Vestimenta de aquellos desgraciados.— El guardia de la capa y gorro	215
"	L	La vida en el Santuario.—Juegos de los chicos	219
"	LI	Ingenios de guerra y minas	225
"	LII	Mensaje a la Virgen de la Cabeza, de Zaragoza	231
"	LIII	Un heliógrafo al Santuario.—Nacen 22 niños	237
"	LIV	Un mensaje al General Aranda, contestación a un saludo.—Júbilo por la normalización del abastecimiento	241
"	LV	Arcos de triunfo en el cementerio	249
"	LVI	Nuevos ataques a Lugar Nuevo	255
"	LVII	Ataques de cazas.—Suministro de noche. Organización meticulosa en el suministro de víveres	259
"	LVIII	Humo y flores	263
"	LIX	Cortés visita Lugar Nuevo	267
"	LX	Los sitiados de Lugar Nuevo se retiran sobre el Santuario	271
"	LXI	Se inicia el período de los ataques finales	277
"	LXII	Curas sin anestesia.—El infierno real.— Del diario de mi hija	281
"	LXIII	Continúan los ataques al Santuario	285
"	LXIV	Sigue la completa demolición del Santuario.—Terribles bombardeos.—Mueren muchas mujeres y niños	289
"	LXV	Hacia el desenlace	295
"	LXVI	Cuadros de combates y desolación.—Los tanques.—El final	299
"	LXVII	La evacuación de los sitiados	313

4. 700

C22-6077

I N D I C E

	Págs.
CAPITULO LXVIII Por los héroes que murieron en el San tuario	319
" LXIX Promesa	323

E P I L O G O

I En la zona roja	327
II Hacia la verdadera España	332
III El último paso.—Momentos difíciles.— Requetés	338

